



"Los libros de "El Imparcial"
Madrid 31 diciembre 1906

2-163

2-91

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

La cultura española en 1906

Un año más que se hunde en la huesa de la historia sin habernos traído ni una voz ni una lumbrera nueva al barbecho de nuestra cultura. Por lo menos, ni más oídos la oyeron, ni la vieron mis ojos. Y sigo al pie del sauce, mirando correr las aguas, entre pescadores de caña que pescan su cena en ellas, á espera yo de que pase una cuna y en ella un niño dormido, y ese niño sea el Moisés que sacándonos de las ollas egipcias nos lleve al desierto, donde Dios nos aguarda, y de él á dar vista, en una mañana de gloria, á la tierra de promisión.

Me piden que escriba sobre la cultura española en 1906, y yo les he dicho que acaso fuera más hacendado escribir sobre la incultura hogañá, y que en todo caso, siendo como es el crecimiento de nuestra cultura como el de la encina, secular y lentísimo, no se aprecia de año en año el grosor que la savia deja bajo la corteza.

Y es, además, el movimiento de nuestra cultura, como el de la encina, subcortical. La labor se está haciendo en España, no por las obras y trabajos de que en los cotarros literarios y científicos se habla y discute, sino por el aluvión manso y continuo de traducciones y por los acarrees de la prensa diaria y de los semanarios y revistas. Lluve poco á poco, un día y otro, en orvallo tenaz y lento, pero son pocos, muy pocos, los chaparrones de que nos queda memoria.

Yo, además, estoy en las peores condiciones para escribir sobre el movimiento de la cultura española en 1906, pues cada vez leo menos lo que en España se publica. De los escañados nacen los avisados. Busco con algún interés el movimiento cultural en provincias, pues en cuanto á Madrid, me parece que en las orillas de la charca villano-cortesana sigue mascándose la ramplonería, que es su especial gas de los pantanos.

Qué voy, pues, á decir de la cultura española en 1906? Durante este año ha aparecido, sí, una revista que se llama *La Cultura Española*, pero por laudables que sean los esfuerzos de sus colaboradores, no me parece que marca el rumbo más á propósito para desencharrarnos. Allí se han dado cita casi todos los enterradores de nuestro pasado, á trechos hiede aquello á erudición camelluna que apeseta y en general hay allí de todo menos espíritu y agilidad.

Porque en esto de la agilidad está el toque. Supongamos que el espíritu humano pueda llegar como máximo á desarrollar una energía de 1.000, distribuida entre agilidad y fuerza—aunque la agilidad sea un modo de fuerza, y viceversa. El que tuviese 999 de fuerza y 1 de agilidad sería un genio de fuerza, y el que tuviera 999 de agilidad por 1 de fuerza

un genio de agilidad. Ambas cosas poco menos que absurdas.

La agilidad, lo que comunmente se llama genialidad, y en esfera más baja ingenio, la fecundidad en hipótesis, paradojas, ensueños, utopías, etc., es el elemento propulsor y creador tanto en arte como en ciencia, y la fuerza, la comprensión, el espíritu de método, es el elemento conservador y fijador. Uno y otro hacen falta, y es tan necia la pantera que desprecia al elefante por pesado, como es necio el elefante que desprecia por ligera y ágil á la pantera. El despreciable es el que desprecia una ú otra cosa.

Pues bien, aquí en España, la energía psíquica de que seamos, en promedio, capaces, se distribuye casi toda en fuerza, pequeña y flaca, pero fuerza en fin, y no en agilidad. Es el nuestro un país de pequeños elefantes espirituales, escualidos y endebles, pero elefantes al fin. Pueden arrastrar más ó menos peso, pero no son capaces de saltar un silla. Este levanta un kilo, aquél 20, el otro una tonelada, pero no hay quien salte un metro ó sepa hacer una pirueta, menos un salto mortal.

La mentira más grande es la de la agilidad mental de los españoles. La inteligencia española es, hoy por lo menos, elefantina, lo cual no quiere decir que sea grande, sino que es pesada. Se comprende aquí los resultados de la investigación extranjera, nos apropiamos y hasta nos asimilamos la cultura elaborada fuera, traducimos las nuevas ideas producidas en otros pueblos, pero apenas se crea aquí cosa alguna, ni se inicia ningún nuevo camino, ni se abre horizonte alguno nuevo.

Marcha nuestro carro sobre las roderas que abrieron los locomóviles exploradores de los otros. Y todo ello por falta de agilidad mental.

Y de esto brota nuestra característica ramplonería, ese especial recelo y especial hostilidad á todo lo que es agilidad mental, cuando ésta no se ejerce en danzas en la cuerda floja. Nos desagradan los saltos mortales sobre el abismo de los misterios. En ciencia, en arte, en letras, una sensatez tan elefantina como anémica—un elefante puede padecer de anemia—nos tiene atolados en los más yerros arenales del sentido común, que es todo lo contrario del sentido propio. Gobierna el bachiller Sansón Carrasco, no Sancho siquiera, que al fin á éste se le pegó algo de la locura de su amo.

Y bien—diréis—¿qué novedades, buenas ó malas, han ocurrido en el mundo de nuestra cultura en el año que fina? ¿Lo sé yo acaso? Se han publicado unos tomos de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», pero eso no es novedad, sino ranciedad; se han estrenado este ó el otro drama ó comedia, pero habría que ver hasta qué punto el teatro entra en la cultura, y no más bien en los deportes; este ó el otro profesional de las letras, ha publicado su libro cadañero ó sus libros de turno, pero esto acaso corresponda más bien al movimiento industrial... ¿Y qué más?

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



En castellano yo no recuerdo de otra cosa que me haya dejado impresión duradera sino las «Elegías», de Marquina, que enriquecen el tesoro de nuestra poesía. ¿No hablábamos de cultura?—diréis.—Sí, pero es que en la poesía se encumbra, y quien añada al caudal poético de un pueblo, al mamantial de sus consuelos permanentes, acrece su cultura. ¿Qué? ¿Voy á hablaros acaso del que nos ha dado la transcripción número ciento ó mil de la «Bibliothèque de philosophie contemporaine», de Alcan, del que nos ha vuelto á descubrir á Spencer, ó del que ha derivado hacia acá un hilito de agua de eso que se llama la corriente central del pensamiento europeo contemporáneo? Esto es cultura, sin duda, pero no es española. Y si fuera á hablar de traducciones, más ó menos directas y más ó menos veladas...

He dicho en castellano, porque en catalán —y la producción literaria y científica catalana entra en la cultura española—el noble, el sereno poeta Juan Maragall, el que más alto canta hoy en España, ha enriquecido el tesoro de sus intensos cantos con la colección titulada «Enllá», en la que vuelve á tocar la maravillosa leyenda del conde Arnaldo que está remozando y modernizando. Este Maragall es todo un poeta, y su «Cant dels hispans» es la nota más noble, más elevada, más pura y más fuerte que ha inspirado la situación por que pasa hoy España.

En esta situación ¿qué voces de aliento, de esperanza, de indignación, de cólera hemos oído? Será que vivo lejos de la corriente, en un remanso, pero á mis oídos no han llegado.

Indudablemente, lo más importante que en la vida de la cultura española ha ocurrido en el año que fina ha sido la presentación del proyecto de ley de Asociaciones. Podrá haberse hecho la presentación por móviles políticos, pero es el caso que resulta de efectos culturales. Ella está provocando una doble agitación, á diestra y á siniestra, que puede significar el principio de una vida nueva. Hay quienes vaticinan una nueva guerra civil intestina, aun-

que no sea á tiros y en los montes, y esa guerra es lo que necesitamos para acelerar nuestra marcha en la cultura é ir resueltamente al planteamiento de problemas solucionados ya en otras partes, á nuestra paz de Westfalia. Entre tanto no tendremos ni arte, ni ciencia, ni literatura, ni menos filosofía que puedan llamarse nuestras. Se ahogarán en este infecto cienago de cobardía y de ramplonería, donde sólo pueden vivir sin indignaciones ni lástimas los repugnantes neutros, los repulsivos indiferentes.

Los tiempos son de lucha y quiera Dios que no volvamos á aquellos años tristes de la llamada Restauración en que los sumos, los faros del pensamiento español, aparecían velados en la bruma de la cuquería; á aquellos años del volterianismo conservador de Camoamor y de Valera, de la duda teatral de Núñez de Arce. Y en aquellos mismos años levantaba Carducci en Italia uno de los más grandes monumentos al espíritu de santa sinceridad y de amor á la patria libre y una.

Vil llamó el gran poeta del desdén—así se le ha llamado—á la patria de sus amores, y así, insultándola, la levantó. A esta nuestra pobre España de hoy ni vil podemos llamarla. No llega á la vileza; no es sino desvergonza-

damente ramplona y floja. Esta comida, como por piojos, por cucos vividores. Y la pobre, emparedada en tradiciones de ladrillo y yeso, corre riesgo de morir podrida por sus propias deyecciones. Antaño estuvo hechizado un monarca; hoy parece que está hechizada la nación entera.

¿Y hablamos de cultura?

Otro hecho culminante, además de la presentación del proyecto de ley de Asociaciones, ha ocurrido en la vida cultural española de este año, y ha sido la formación de la solidaridad catalana. También este parece un hecho político y es, en el fondo, un hecho cultural. Si trajera—que lo dudo—una hegemonía cultural de Cataluña en España podría marcar á la patria nuevos rumbos hacia nuevos destinos. Me temo que se quede en un acto meramente político, al igual de una crisis ministerial, que es de lo menos cultural que puede ocurrir en España, y por lo tanto, de lo más baja y mezquinamente político.

Porque política deriva de *polis*, ciudad, y de *civilis*, que equivale á ciudadano, cosa de ciudad, deriva civilización. Parecen, pues, casi sinónimos, á juzgar por la etimología, política y civilización, pero entre nosotros son dos cosas que apenas tienen nada que ver entre sí.

Y la cultura, por su parte, es la envolvente de las manifestaciones todas de la vida colectiva y duradera de un pueblo. Nos preguntamos: ¿ha avanzado España en estos doce meses? Yo creo que sí, pero con un progreso que se podría llamar soterraño, debido á esa labor oscura que os decía, á ese aluvión de traducciones, á la acción de la prensa, á las modestas conferencias que menudean en casi todas las pequeñas capitales. Hay una enorme fuerza acumulada, una fuerza que muchos de los llamados directores de la opinión desconocen; hay una gran masa de gente que ni habla ni escribe, sino escucha y lee, y que espera el advenimiento de una nueva vida. Hay que esperar que esa fuerza se desencadene y se muestre á flor de suelo.

La nación cambia por debajo de su vieja piel y los parásitos de ésta no lo observan. Un día ú otro caerá en girones esa piel vieja, cuando la nueva esté formada, fresca y tersa, por debajo. Y muchos de nuestros prohombres envejecerán en un día más que han envejecido en veinte años.

¿Será esto así? ¿No será un sueño de mis esperanzas?

Y en tanto España se despuebla; sus hijos braceros corren á América, á la España grande y del porvenir, á la tierra de promisión. ¿Y nuestras ideas? Estas no, estas no emigran, no pueden emigrar; son fósiles y las tenemos encastradas en el espíritu. Parecíamos tener un papel cultural en la América latina, nosotros, los de España, la primogénita de las naciones de lengua castellana. Hemos vendido la primogenitura por una olla de garbanzos. Hubo un tiempo en que Bolívar, el Libertador, el Quijote de América, soñó quijotescaamente con venir á conquistarnos. Acaso sea este nuestro porvenir; que nos conquiste la América española. ¿Quién sabe si un día la vieja madre tendrá que vivir de sus hijas emancipadas?

Cierra el año 1906 trayendo la bruma triste del desencanto. La avenida de la ramplonería sube.